

EDITORIAL

El *pathos* contemporáneo del escritor académico hace, la mayoría de las veces, poco estimulante la labor editorial. Grandes afugias asedian la escritura de quienes se encuentran dentro o aspiran al ámbito universitario: producir para mejorar su salario o ser tenidos en cuenta. Abundan la demasiada prepotencia, el poco tiempo para pensar y el minúsculo deseo de corregir y hacer legibles las propuestas que se envían a las revistas. Hay incluso autores astutos que se especializan en publicar lo mismo en varias revistas, variando apenas algunas letras o notas o títulos. O gentes sin talento para escribir, sin pasión por la literatura, que se empecinan en publicar sus sesudos artículos científicos. Artículos sobre la poesía en los que no aparece la poesía, como dijera uno de los evaluadores. El editor ha querido asumir esos notables e incómodos lunares como insumos y adoptar (de la mano de su asistente editorial y de la monitora) un criterio pedagógico: convertir la relación con los colaboradores y evaluadores de nuestra revista en un fructífero proceso de mutuo aprendizaje. Escuchar la opinión ajena, aunque se exceda en sus valoraciones, aunque sea parca en elogios o ataques; atender las recomendaciones mínimas de escritura y formato; aceptar cambios y posibilidades de reescritura y de adecuación de conceptos ha sido para todos nuestros autores publicados el camino más saludable para la socialización del conocimiento, asegurando, de paso, la comunicación con futuros lectores e investigadores. A esas voces humildes frente a su propio trabajo le ha apostado *Estudios de literatura colombiana* en el número 39. De hecho, a partir de nuestro próximo número, solicitaremos a nuestros colaboradores, desde el inicio mismo del proceso editorial, un diagnóstico de autoevaluación para que sean ellos mismos quienes hagan los ajustes sustanciales antes de conocer el juicio de los pares evaluadores.

Se compilan en esta edición estudios muy diversos. Algunos dirán que el deseo del editor por buscar la pluralidad de las letras colombianas impregna la revista. Aceptémoslo. Ser plurales frente a la hegemonía del mercado es un síntoma de independencia académica. “Labor y dolor en *La ceiba de la memoria*”, “La recreación de los orikíes en *Changó, el gran putas* y *Sortilégio II*” y la reseña de las *Hijas del Muntu* ilustran el amplio debate

que merecen nuestras literaturas afrodescendientes, es decir, aquellas que se ocupan de la población afro y de sus constantes luchas por la defensa de los derechos humanos, por los derechos de la mujer. Uno de esos derechos lo constituye la preservación de la memoria ancestral. En tal sentido, levantar una cartografía de la intelectualidad afrofemenina del continente y poner en relación el orikí, un género poético yoruba, con la novela y el teatro latinoamericano constituyen novedades de primer orden. Otro tanto se podría decir de “*En el corazón de la América virgen* de Julio Quiñones: una alternativa en la novelística colombiana” y “Gutiérrez e Isaacs: dos formas del ensayo indigenista”. Revisitar obras olvidadas y poner en diálogo autores canónicos locales con autores de otras latitudes hace posible una lectura distinta de la historia literaria: una en la que sea legítimo hablar de *Au Cœur de l’Amérique Vierge* (1924) como una novela más cercana al mundo *minika* y, por tanto, más elaborada que *La vorágine*; otra donde el ensayo del siglo XIX comprenda y estudie la importancia de las lenguas y las poéticas indígenas.

“Memoria, duelo y resistencia en *Palabras como cuerpos* de Saúl Gómez Mantilla”, “Poetas de los años setenta en Colombia: denominaciones y singularidades” e “Inquietudes coloniales: literatura e historiografía literaria de Colombia” se ocupan de asuntos polémicos dentro de los estudios literarios: la función política de la escritura poética en sociedades marcadas por la violencia; la crítica a la metodología de las generaciones dentro de la historia literaria reciente y la “invención” de una literatura colonial colombiana. De manera circunstancial, “Vida intelectual y ensayo en Reyes, Volpi y Ospina” repite el argumento de que el ensayo ha sido uno de los grandes fundadores y detractores de la identidad latinoamericana. Identidad que opera de manera distinta si se parte, por ejemplo, de “Andrés Caicedo cuentista kamikaze. Una concepción endógena del relato”. Allí lo propio del narrar caleño proviene de tierras lejanas y se ajusta más a mezclas y a experimentaciones entre cine y literatura que a rasgos inconfundiblemente autóctonos. Mención aparte merecen la entrevista a Rómulo Bustos y la reseña de “La poética del cuerpo en la obra de Carmen Cecilia Suárez”. La primera es una voz caribeña libre de estereotipos y testigo de una universalidad indispensable. La segunda son tres voces en una, guiadas por una interpretación lésbica del cuerpo y de la escritura. Nos alegraría sobremanera saber que estas líneas han merecido la atención y el interés de una lectora.

Prof. Dr. Selnich Vivas Hurtado
Editor